

SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

Año II

Quito, Mayo 23 de 1920

NÚMERO 68

Polvo fuiste... y en polvo has de parar



Conocí yo hace tiempo un matrimonio que, si no se caían sus honorables *compomentas* de viejos, por lo menos llevaban un cuarto de siglo de tirar juntos esta mala carga de la vida conyugal. Y, claro, veinticinco años de vivir atados como con cadena, burguesa y vulgarota, a este nuevo suplicio de Prometeo que es el séptimo sacramento, no era cosa de menor cuantía ni tentador bocado, ya que, pese a los buenos momentos de idilio, multiplicados por ciento durante la luna de miel—ya, ahora, tan lejana—, y luego progresivamente divididos y extraídos la raíz; pese a la alegría consiguiente al nacimiento de los primeros bebés, pese a todo esto digo, los disgustillos matrimoniales, los apuros de conseguir con qué sazonar el puchero y mil más detalles así pequeños, amargaban la paz, la digestión y el carácter de esposo y esposa.

Sin embargo, como estaban próximos a cumplirse los veinticinco inviernos de su unión, por más que ella, ya dije, no hubiera sido como para conmemoraciones gloriosas, los buenos de los hijos, crecidos y gallardos, quisieron echarle un cuarto de alegría en la magna y significativa fecha; y para lograr su objeto idearon un programa adecuado, en que no faltaban discursos sentimentales, poesías y hasta una tarjeta de oro.

Marchaba todo a pedir de boca, mas he aquí que se entromete el Diablo y a hacer se dispone una de sus pícaras trastadas.

Es el caso que en sus momentos alegres y coquetous, misia Rudecinda—había tenido uno que otro flirteo y dos o tres palabrejas amorosas, más o menos cursis, con un su tío, regordete y de ancha y pronunciada obesidad, que tras la moznela se andaba y ante ella se ponía más amable que un angelito. Los padres de Rudecinda, apegados a lo antiguo y atraídos por los dineros que cargaba el pretendiente, la obligaron a que le enseñara cara de Pascua de Navidad cada vez que el dichoso tío le requerebraba, y si bien poco caso hacía de él Rudecinda, en los luengos años que duraron sus cosillas con el señor gordo, una que otra vez se mostró con él afable; y si no algo más demostrativo de cariño le concedió, por lo menos fueron tiernas miradas y palabras suaves. Un buen día, enamorado la locuela de un guapo mozo recién venido al pueblo, y tras él se fue y con él casó, pese a todos. Y al tío de los frustrados amores más que a ninguno.

Pasaron los tiempos, cayeron muchos inviernos, y llegó el de los veinticinco años cumplidos del matrimonio de Rudecinda, en que hemos encontrado a la dicha pareja. Las bodas de plata preparábanse, ya dije, con solemnidad.

Mas he aquí que el tío, viejo y caduco ya, pero todavía respondió y capaz de descolgarse por el camino de las bravatas, recordando sus amores birlados y sabiendo lo de las Bodas, se propuso echarlas a pique, o por lo meuos, amargarlas un poquillo.

Pagó, el muy taimado, una docena de chiquillos gritones y con mucho descaro para que, días artes del de la Gran Fiesta, atormentaran los oídos de la inocente familia de Misia Rudecinda con sus voces destempladas y ensuciaran las paredes de la casa con letreros ridículos y armaran la bulla del siglo; concurriendo luego en el preciso instante, a enturbiar el sabroso banquete con que se celebraba el matrimonio con los insuportables gritos de siempre, coregidos y aumentados....

Y creyó, con ello, tomarse feroz desquite y echar a perder la digestión de su ex-prometida y la de su feliz rival de ha tan largos años....

Ahora, que el Liberalismo va a celebrar las Bodas de Plata de su conquista de la Señora República, y que a preparar ellas se aprestan sus hijos, ha asomado también, el tío gordo de mi cuento a querer amargar la Fiesta con sus bravuconadas. Porque el Partido Ultramontano se ha puesto amenazante en estos días y con más impulsos bélicos que un general prusiano de "avant

guerre". Y desde las columnas de sus diarios nos lanza frases incendiarias aparentemente, pero, al fin, inofensivas, que tienen, eso más, sabor apocalíptico y profético. Y nos llaman antropófagos, y mamíferos y antropopiteicos. Y se ponen bravos, y nos anatematizan aún desde el púlpito y la cátedra sagrada.

Bueno: derecho tenía el tío burlado de ejercitar su venganza, aunque sea de tan pueril manera.

Y derecho tienen también los señores de la sotana-levita de intentar quitarnos la alegría de las Bodas de Plata, aunque sea con gritos de chiquillos mal educados. O con las frases, que ni de Profeta Ezequiel, de un su correspondiente en Tulcán, el cual bendito afirma que "EL LIBERALISMO CABRÁ, PERO COMO SUBIÓ, ESTO ES, CON PLOMO"; frase epopéyica que me trae a la memoria esa otra de "Polvo eres y en polvo te has de convertir" con que atemorizan los curas, el Miércoles de Ceniza, el espíritu pusilánime de sus fieles....

ESTA YA A LA VENTA EL NUEVO LIBRO

"PALABRAS CON FLORDELINA"

por LUIS ANIBAL SANCHEZ

en las Librerías "Sucre" y "Americana".

Precio: UN SUCRE el ejemplar.

Zapatería "La Moda"

::: es el Establecimiento preferido por la gente chic :::

MI DISTINGUIDA CLIENTELA ENCONTRARÁ UN MATERIAL SELECTO

SE TRABAJA TODA CLASE DE CALZADO PARA HOMBRE; ESPECIALIDAD

== PARA EL BELLO SEXO Y NIÑOS. ==

MUCHO ESNERO EN LOS DE ENQUETA Y BAILES.

Necesito operarios.

Pago los mejores precios.

Carrera García Moreno y Mejía.—Teléfono 5-7-0.

José G. Moreno.

11/12/2009
C. V. S. J. S. J. S. J.



De la
A
te
nas
del
E
cua
dor

Latorre
x x

Sr. Dr. Honorato Varquez

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"



CRONICAS de QUITO

UN SEÑOR

Hoy estamos sentados al rededor de la mesa del café. En este café nos reunimos por las noches casi siempre a matar las horas. Los cromos vulgares de las paredes deben habernos oído muchas cosas, si ellos hablan algún día, contarán nuestras perennas contradicciones, nuestros gustos, nuestras opiniones. Todo aquello que en nosotros cambia a cada momento, pasa y olvidamos junto con la hoja que se aleja. Vale más así. Vivir en línea recta debe ser horriblemente monótono, insoportable.

Por eso me llama la atención un señor que entra, que se sienta en una mesa frente a la nuestra, que pide su café con leche y mira al cielo raso.

Yo miro a este señor, yo no lo conozco, yo no sé cómo se llama, tampoco recuerdo haberlo encontrado nunca; sin embargo aseguraría que este señor me ha contado muchas cosas de su yo, que me ha dicho sus secretos, me ha hablado confidencialmente y hemos sido muy amigos. ¿Por qué?—No sabría decirlo. Este señor está delante de la mesa. Este señor mira al cielo raso. Lleva un vestido de casimir espeso, durable, fuerte, lleva una corbata verde anudada con descuido alrededor de un cuello demasiado alto; sus zapatos son amplios, opacos, cómodos; el bastón es grueso, con el puño de bola. Un bastón ideal para apoyarse. El sombrero hongo le cae sobre la frente hasta casi apoyarse en los lentos que van sujetos con unos alambres detrás de las orejas.

Este hombre parece joven. Parece también viejo. Debe tener veinticuatro años. En veinticuatro años se vive mucho, se vive lo suficiente para ponerse lentes, llevar bastón, hongo, cuello alto, corbata verde, y zapatos durables y vestido espeso.

El señor de la mesa del frente ha pedido su café con leche y su pan. Pensativo, preocupado, triste, con la mirada perdida en lo alto y una mano sobre la bola del bastón, ha ido devorando su pan y su café.

Después, fía un cigarrillo, extrae un libro voluminoso del bolsillo. Anota una cita. Vuelve a guardar el libro. Del mismo bolsillo ha sacado un pañuelo, se lo pasa sobre los labios. Se desabotona el saco. Asoma la cadena de eslabones amplios, el dije redondo. Mira la hora. Vuelve a mirar al cielo. Nuevamente se pone pensativo. Piensa en su ciencia, en la lección del día siguiente, sutiliza razones, piensa en la fealdad del pecado, en la lucha para vencer las tentaciones, en los que en la mesa del frente hablan de cosas frívolas y se ríen, y en la misa que oirá mañana muy temprano.

Se abotona el saco, paga su café con leche y su pan. Se levanta. Se vá. Sus pasos largos, sus pisadas fuertes, le obligan a alejarse pronto. Junto con él se han alejado el casimir, el hongo, la corbata, la cadena, los lentos y el bastón....

Ramiro de Sylva

CAPIROTAZOS

¡Cocholis! ¡Y qué desmemoriados han-se vuelto los angelitos esos del diario ultramontano, honra y prez de los Conservadores en esta ciudad quiteña! Porque, juo es cosa de indignar el que malandrines y sacristanes de su laya, que de por vida se anduvieron en aquello de priostagos y flestas de a cuarenta pesos y en bendiciones, beatificaciones, consagraciones, canonizaciones y más primores semejantes, se admiren hoy, con gran desparpajo y pretendida ironía, de que se celebren las Bodas de Plata de una gloriosa fecha, y de ello tomen pretexto para poner su acostumbrada pica en Flandes?

Porque, a ver si no sales de quicios, caro Regimualdo, al encontrar en las columnas de honor del mentecato ese de «El Conservador», palabras como ésta: «Fiesta extraordinaria y muy especial **DEBE SER** la de las tales Bodas de Plata; en ella se servirán exquisitas viandas y generosos vinos, y el momento, la animación y la concordia ¡oh, sobre todo la concordia! serán sus notas más salientes!»

Se refieren los Redactores del órgano matutino a ta idea, felizmente preconizada por un periódico de esta Capital, de celebrar dignamente el veinticincoavo aniversario del definitivo adelantamiento del Partido Liberal en el Ecuador. Y con la fobia impertinente y muy siglo de la Inquisición que les caracteriza a los periodistas del Directorio Supremo, para echarnos el chorro de su perogrullesca elocuencia se lanzan los muy señores y para decir cuatro palabrejas pretensiosas y carcomidas de vulgaridad, que buenos estarán, a no dudarlo, para colocadas en pantomimas y payasías de a cinco centavos el derecho de oírlas...

Y por esos despeñaderos de Dios se van, fatuos y con su etérea apostura pontifical.

Pero, ¡por las vuestras mercedes, señores caballeros, tenos firmes; donde no, a rodar iréis por laberintos tales, buenos, cuando más, para cabras, que no lo sois vosotros, a no dudarlo! Mirad: que si a la vuestra pluma dejáis abandonarse incontinente a naturales impulsos, mal parados va a dejáros y en predicamento de bellacos y charlatanes.

Porque eso de afirmar que las dichas Bo-

das de Plata del Liberalismo Ecuatoriano vienen como al pelo *“para satisfacer la gazuza de tanto REGENERADOR, que, sintiendo la voracidad propia de HAMBRES ATRASADAS, quiere sacarse el vientre de mal año”*, cuando hasta la cocinera de casa no ignora que el pícaro Liberalismo echó a rodar del Templo a los falsos sacerdotes un cuarto de siglo hace y que, con veinticinco años de *continuada banquete*—y ésta es frase de cepa ultramontana—no cabe tener HAMBRES ATRASADAS de ninguna especie; es bisuño recurso de engañadores y sofistas desmemoriados. Y más si al principio del mismo emperejilado y rimbombante editorial, se dijo, como en efecto dice el articulista de “El Conservador”, que al pueblo le están esquilmando para mantener *“gordo y lucio y con el riñón bien cubierto”* al Partido Liberal...

Porque, entonces, ¿en qué quedamos, señores de la insignia azul? ¿A dónde se han ido vuestros recursos dialécticos, vuestros pñjos de sabios escolásticos?

Ved la pobreza de argumentación que habéis empleado: decís que en la fiesta que se prepara para los liberales, éstos van a satisfacer hambres atrasadas; pues si es así en realidad, si nosotros tenemos estas hambres de que habláis, ¿cómo estamos, a tiempo, *“gordos y lucios y con el riñón bien cubierto?”* Y si, punto contrario, el estómago—y conste que en vuestras disquisiciones políticas no podéis jamás dejar de nombrarlo—, el estómago, digo, de vuestros rivales está vacío y con hambre, ¿cómo es que le hemos sacado al pueblo el ojo de la cara de que habláis? ¿En dónde está, entonces, ese ojo? ¿Acaso en vuestras repletas arcas de usureros y moreachifles hipócritas y jufíos?

Si no, a fe mía que sin solución queda el dichoso *problemita* que habéis planteado.

Y vosotros, perlistros moralizadores, ca-tequistas de una doctrina—admirable en substancia—pero de la cual sois sus primeros y perpetuos fariseos, de cuerpo entero vais a estar ante el público, que ya va comprendiendo el por qué de vuestros sucesivos y aparentemente paradójicos hori-queos de Sábado y bravatas de Domingo...

EL MAESTRO GUILVALVA



Mayo Primeras

gotas de lluvia
 bañen tu rostro
 muñeca rubia....

Mayo: Arrojadas
 rosas rojas
 para los jueces
 de las veladas

Lara-

Evento [△] [△] rias
 Quito Mayo de MCMXX

un verso de oro
para tu vida . . .
para tu vida
siempre florida . . .

Mayo: Elegía
por la morena,
que un triste día
leído había
la melodía
de mi poema . . .
y el blanco día
de un mes de Mayo
llevo mis versos
para María . . .

Rosas de Mayo
para María . . .

Todas las rosas
del mes de Mayo . . .
Todos los sueños
de Primavera
para tu vida
todo quisiera . . .
que yo pudiera
darte siquiera
toda mi herida . . .

Mayo: sonrisa . . .
la juglaresca
pena imprecisa
para mi vida
que se ha enfermado . . .
Talvez un largo
cansancio triste
de mis andares
por esta rúa . . .
Quizás el sueño
de tantos versos
o la epidemia
de la armonía . . .

AUGUSTO ARIAS R.

LA DANZA DE LAS HORAS

LOS CONSERVADORES Y LA CASA DE TROYES

A los angelitos del Partido Conservador les ha dado otra vez un ataque de hidrofobia. Malo, porque la enfermedad se les va haciendo ya endémica. A poca causa que aparezca y apenas a vislumbrar alcanzan los «densos nubarrones que cubren el horizonte de nuestra muy amada Patria» — nuevos molinos de viento en la historia de estos flacos y desmadrados Quijotes de mala clase—, de mal carácter se ponen los benditos, y con más remilgos que un muchacho encaprichado. Y más cuando, como hoy, en asunto de tanta monta fracasan cual en la *remesa* que querían hacer de sus más probos doctores a los sillones de la Cámara Roja y de la Cámara Verde, que ningún motivo les habían dado, dicho sea de paso, para ello.

El disgusto, pues, es bastante serio. Y si no nos salen con otra tinterillada como la de Octubre pasado, con Vela-Nieto-Monsalve, es porque, acaso, andan un poquitín más calmados desde aquel su memorable fiasco. Sin embargo, de palabra uo más, ¡caramba si no estarán hechos unos energúmenos! Tan fieros parecen, que ni los barbarotes esos de los bolshéviques, quienes, según comentan malas lenguas, se comen vivitos a sus enemigos, fusilan, sin mayor motivo, a cualquier vecino de enfrente y rocian sus banquetes opíparos con vasos colmados de sangre de niños...

Y, luego, se calientan en máximo grado, porque a un candoroso escritor se le antojó echar la idea de que se celebren las Bodas de Plata del advenimiento del Partido Liberal. Y, sin más ni más, aprovechan de una sencilla conferencia—que nada tenía que ver con estas ensaladas—, para irse por cerros de Ubeda y decir lindezas contra Zamacois—el Diabolo malo de estos arcángeles privilegiados—, contra el *modernismo* y otras personas, así tan inofensivas...

A pesar de ello, no está del todo malo. Que griten, que griten con toda la fuerza de sus pulmones. Para algo tienen quienes les mantengan sus diarios y sus diaristas. Y aún sus semanarios y sus *seminaristas*, que casi nos van resultando *seminaristas*. Y, además, como dice el conspícuo jovencito don Ruperto E. (geh) Alarcón Falconí, si los de «aquella azul enseña que

gloriosa la llevan nuestros padres» hubieran renunciado a esta moderna Guerra Santa «la sociedad misma, al expirar un día bajo el golpe asesino del puñal enemigo, al sentir los últimos estertores de la agonía», los hubiera maldiceado.

Y esto, claro, no era posible. Demasiado peso el de esta maldición para ser sostenido por los hombres delicados de los del Partido Angélico...

Bueno: ya dije: no está mal que desahoguen sus malas pulgas de cuando en cuando, máxime si estas *pulgas* no van a causarnos mayor daño. Y aunque sea en forma de discursos tremebundos, sonetos apocalípticos y editoriales de abraacadabra.

El peligro es otro: que, un buen día, se sulfuren más de lo acostumbrado y quieran irse por los despenañaderos con que nos amenazan, listos a «romper los fuegos, quebrar sus armas en el campo enemigo» y engullirse, cada uno, dos o tres docenas de liberales.

Y no por lo que, en realidad, significaría el desahogado, que siempre resultará estéril y huérfano de prácticos resultados, sino por el mal ejemplo. Y, al fin y al cabo, por el dinero que habría de gastarse por fuerza, y pese al refrancillo aquel de «gastar pólvora en... *voladores*».

Pero para conjurar tal peligro, a ver si León de Borneil, servidor de ustedes, no tiene ya un recurso. ¡Y qué gran recurso! ¡Me escuchan? Tres minutos no más de exposición, ya que no puedo darme el lujo de componer discursos tan brillantes como largos, según es costumbre entre no sé cuál especie zoológica de reciente descubrimiento y que se denomina de «universitarios católicos».

Leía ayer en un periódico la siguiente noticia, que cópiola tal y como a mí se me presentó:

«En la ciudad francesa de Troyes hay una casa maravillosa. Su propietario es el ingeniero Georges Kanap. Dicha casa es un resumen de todos los últimos perfeccionamientos de la electricidad. Si se llama a ella, ábrese lentamente la puerta y una voz misteriosa pregunta al visitante el objeto de su visita. La voz procede de un grafófono ingeniosamente dis-

De las riberas del Guayas



Sr Jose Abel Castillo

Director del "Telegrafo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

puesto, que trasmite el sonido desde el interior del edificio.

«Una vez que se penetra en el recibimiento, lánzase sobre los pies del que llega un pequeño felpudo, encargado de limpiar automáticamente el barro o el polvo que cubre las botas. Suenan varios timbres, y casi instantáneamente se encienden las lámparas y candelabros, iluminándose toda la casa como por arte de magia. Otra voz misteriosa invita al visitante a sentarse a la mesa: una mesa elegantísima dispuesta en el comedor, y a la que no falta sino la aparición de las vitnallas. A los pocos segundos surge ante el convidado el primer plato de la comida. El manjar llega lumiente y apetitoso. No bien da cuenta de él el comensal, desaparece el plato por escotillón, y es seguido por otro hasta terminar el *menú*.

«En la cocina de esa casa, de hadas se guisan los alimentos eléctricamente, y lo mismo se efectúa en los lavaderos de ropas. Caso de que el huésped quiera pernoctar en cualquiera de los lindísimos dormitorios del «chalet», puede seguirse pasando sin servidumbre que le atienda. Una simple presión en un botoncillo situado junto al lecho, y éste empieza a calentarse bajo la acción de un calentador eléctrico disimulado bajo las sábanas. Al despertar por la mañana, otro toque de botón eléctrico, y se descorren las cortinas de la ventana, ábrense las hojas de ésta y la luz penetra a torrentes en la habitación, juntamente con la vandeja que aparece sobre la mesa de noche sustentando el desayuno, los periódicos y la correspondencia. Si algún aficionado a lo ajeno intenta penetrar en *Villa Electra*, nombre del fantástico edificio, un juego de campanas situado en la cubierta del «chalet», arma terrible estrépito, señalando a los gendarmes la presencia del ladrón».

Y al terminar la lectura, no pude menos de, acordándome de la situación, exclamar, como el griego, los tradicionales ¡Eureka! ¡Eureka! ¡He hallado! ¡He hallado!

Porque había, en efecto, hallado la clave, la maravillosa clave. Y el peligro ultramontano—o peligro amarillo—caía como un miserable castillo de naipes.

¿Que no? Pues vean ustedes, mis lectores sencilla cosa es, y, con ella, asegurada queda la Patriecita, en paz y alegría sus hijos y sus hijas, y vencido el Dragón Conservador.

El Congreso que está ya a las puertas boca en el anual Presupuesto, la suficiente cantidad para instalar, en esta casa grande que es el Ecuador, un jugueto como el de la afortunada casa aquella de Troyes. To-

do eléctrico, como usted sabe. Con lo cual, hasta podremos cambiar de nombre, y llamar a este pegujallo nuestro la República, del Electrón, verbigracia. Y entonces, con la instalación, ¡vamos! cómo habrán cambiado las cosas.

En efecto, llama un señor cualquiera—que, desde luego, no sea ningún adlátere del Pontífice Aparicio ni de los otros del Triunvirato—a la puerta de casa y una voz misteriosa—que puede ser la del acucioso señor Jefe de Investigaciones o la del Secretario Meneses—le pregunta al visitante el objeto de su visita. Una vez que él penetra en el recibimiento, lánzase sobre sus pies un pequeño felpudo—uno de los Bécancas de S. D., pongamos por caso—encargado de limpiar automáticamente el barro o el polvo que cubre las botas del visitante. (Este barro o lodo pueden ser, en nuestra vida real, un pequeño revólver, una afilada daga, una bomba de dinamita quizás, y es menester limpiarlos con todo cuidado). Luego, otra voz misteriosa—la del respectivo Ministro—será aquí, a no dudarlo—invita al visitante a sentarse a la mesa... del Presupuesto, como es lógico pensarlo. A los pocos minutos—o al mes—surge ante el convidado el primer plato de la comida: el respectivo sueldo, corto o largo, grande o chico, lo mismo da. Y así, sucesivamente, para dicha y regocijo del afortunado mortal que penetró en el recinto de esta nueva y felicísima Tierra Prometida....

Mas, en el acto mismo en que algún aficionado de lo ajeno intenta penetrar sin permiso y porque sí, conmueves el edificio, un juego de campanas situado en su cubierta arma terrible estrépito, señalando a los gendarmes la presencia del ladrón... ¡Insuperable! ¡Colosal! ¡Homérico! ¡Definitivo! Supongan, lectores, que los señores de la bandera azul se hayan estado calladitos y como quienes nada de trascendental tienen, conspirando contra sus eternos rivales y listos a ondiligarnos el puntapié del siglo; que hayan estado tomando lecciones de tiro al blanco, y haciendo unas listas aterrantes de los que, instalado su gobierno, habían de ser... enjuiciados, y, en fin, leyendo la historia de los Santos Inquisidores, como edificante ejemplo.... Supongan que, con todo esto, en un tris hayan halládose los pícaros rojos de ir a mendigar por esos caminos de Dios... Y entonces el maravilloso descubrimiento; el juego de campanas arma la bulla monstruosa. Y salen los gendarmes, y los soldados, y los criados y el vecindario todo detrás de los ladrones. Y los cogen, naturalmente. Y los calman en sus puños incendiarios. Para luego, cabizbajos y mo-

hinos los culpables, mandarlos a ponerse, cara a cara, con cualquier señor Comisario.

Con lo cual, estos pobres señores godos ya podrán darse a meditar en aquello de Salomón el Magno: «Vanitas vanitatum» o a leer los versos bellísimos de un poeta que rueda por esos trigales armoniosamente...

Y, sobre todo, a resignarse a contemplar la celebración, no sólo de las Bodas de Plata, que de Oro, Platino, Diamante y qué sé más, de este Partido Liberal que, entonces sí,

dará la razón a ciertas palabras iluminadas del citado conspícuo jovencito Ruperto E. (¡eh!) Alarcón Falconí, y que yo he admirado en un macanudo discurso por él leído no sé dónde y por mí en «El Conservador», edición del domingo pasado. Palabras que, literalmente, afirman que «el enemigo, poco ha, se paseaba tranquilo, sonriendo sarcásticamente con un triunfo adquirido sin combate, con triste gloria alcanzada sin contienda»...

León de Borneil.

LOS NUEVOS

“Caricatura” en esta sección, ofrecerá cumplidamente a sus lectores una figura de los nuevos grandes literatos y artistas que triunfan ante los públicos de Europa y América.

Iniciamos esta sección, con una semblanza de Marcel Proust, el ya célebre autor de “A la recherche du temps perdu” y “A l'ombre des jeunes filles en fleurs”; esta última novela mereció, como nuestros lectores ya lo saben, el honor del premio Goncourt, a pesar de las protestas de los jóvenes...

A l'ombre des jeunes filles en fleurs, por M. Marcel Proust. Esta obra, que es la segunda parte de una inmensa novela en curso de publicación que el autor ha titulado *A la recherche du temps perdu*, acaba de obtener el premio de la Academia Goncourt. Desde las Memorias de Saint-Simon, no se ha visto aparecer un monumento psicológico de dimensiones tan imponentes. Este grueso volumen es, por otra parte, de los menos gruesos, porque es de los más minuciosos, de los más precisos, de los más positivos que se han podido leer desde hace mucho tiempo. M. Marcel Proust se cuida de mostrarnos el detalle del sentimiento; lo persigue con una paciencia y un escrúpulo infinito. Entra en los caracteres sin brusquedad, pero desde luego con profundidad; los dibuja tra-

tando de reproducir cada fibra. Es un anatomista. Hay en él una falta de pereza digna de un sabio. Y, sin embargo, tiene horror del sabio por toda palabra demasiado grande, por toda actitud desmesurada. Es profunda y gravemente antiromántico.

Pero no es frío. Estudia el corazón humano, que conoce por una experiencia íntima, pero no cae jamás en la aridez. El lector sensible, que es muy diferente del sentimental, encuentra en su compañía una fina embriaguez. Reconoce sus menores emociones, sus más secretas y más fugitivas impresiones. Desde hace mucho tiempo, desde Stendhal acaso, no hay en Francia quien se haya ocupado con tanto cuidado del amor.

¡Los retratos de mujeres de Marcel Proust! ¿Quién podrá contemplarlos sin una tierna y tácita opresión del corazón, sin encontrar en sí mismo, mezclada esa piedad, ese deseo, esa rebelión que suben al corazón desde que lo solicita algún rostro encantador? ¿Y quién leerá los largos análisis de *A l'ombre des jeunes filles en fleurs* sin sentirse colocado de nuevo en ese maravilloso desorden donde nos sume toda verdadera pasión?

Un libro bello en toda la extensión de la palabra. La Academia Goncourt no ha podido estar más inspirada.



Abelario

Misticismo

EL BOSQUE DE BOLONIA

Esta complejidad del Bosque de Bolonia que ha hecho de él un lugar facticio y, en el sentido zoológico o mitológico de la palabra, un Jardín, lo he encontrado este año como cuando lo atravesaba para ir al Trianon, una de las primeras mañanas de este mes de noviembre en el que, en París, en las casas, la proximidad y la privación del espectáculo del otoño que se acaba tan pronto sin que se le haya contemplado, dan una nostalgia, una verdadera fiebre de hojas muertas que llega hasta a impedir el sueño. En mi cuarto cerrado, ellas se interponían desde hace un mes, evocadas por mi deseo de verlas, entre mi pensamiento y no importa qué cosa de las que yo hacía, revoloteaban como esas muchas amarillas que algunas veces, aunque miremos otras cosas, bailan delante de nuestros ojos. Y en esta mañana, en que no oigo llover como en los días precedentes, viendo sonreír al hermoso tiempo hasta en los rincones de las cortinas cerradas como en los rincones de una boca cerrada que deja escapar el secreto de su felicidad, he sentido que estas hojas amarillas podría miraras atravesadas por la luz, en una belleza suprema; y no pudiendo contenerme de ir a ver los árboles como otras veces, cuando el viento soplaba fuerte en mi chimenea, hasta la orilla del mar, he salido para ir al Trianon, pasando por el Bosque de Bolonia. Era la hora y la estación en que el bosque parece acaso más múltiple, no solamente porque es más subdividido, sino porque es otro. Aun en las partes descubiertas se abre un gran espacio, aquí y allá, en frente de sombrías masas lejanas de árboles que no tenían ya hojas o que sólo tenían las del estío, una doble hilera de castaños anaranjados parecía, como en un cuadro apenas comenzado que al ser pintado por el decorador no hubiera puesto aún color en el resto, y tendía su avenida en plena luz para el paso episódico de los personajes que no se colocarían sino más tarde.

Más lejos, en el espacio donde todas las hojas verdes cubrían los árboles, uno sólo, pequeño y grueso, descabezado y testarudo, sacudía al viento una miserable cabellera roja. Era el primer despertar de este mes de Mayo y el follaje de un empelopsis maravilloso y sonriente como una espina roca de invierno estaba florido desde la

mañana. Y el bosque tenía el aspecto provisorio y facticio de un criadero o de un parque, que por un interés botánico, o para la preparación de una fiesta, se acabara de instalar en medio de árboles de una misma especie que no han sido trasplantados, dos o tres especies preciosas de follaje fantástico que parecían reservar la vida alrededor de ellos, dar aire, hacer claridad. Era la estación en que el Bosque de Bolonia traiciona las esencias más diversas y yuxtapone partes distantes en una semejanza arreglada. También era la hora. En los senderos en que los árboles conservaban todavía sus hojas, parecían sufrir una alteración de su materia a partir del punto en que estaban tocados por la luz del sol, casi horizontal por la mañana como lo sería algunas horas más tarde en el momento en que al comenzar el crepúsculo se alumbraba como una lámpara, y proyecta a distancia sobre el follaje un reflejo artificial y cálido y hace llamear las últimas hojas de un árbol que queda de candelabro incombustible y apagado de su copa incendiada. Aquí la luz espesaba las hojas como ladrillos, y como una mampostería amarilla persa con dibujos azules, cimentaba groscramente contra el cielo las hojas de los castaños; por el contrario, allá las hojas eran desprendidas de los árboles hacia los cuales crispaban sus dedos de oro. A la mitad de un árbol vestido de viña virgen, la luz injertaba y hacía abrir, de manera imposible de discernir netamente en el deslumbramiento, un inmenso bouquet como de flores rojas, acaso una variedad de claveles. Las diferentes partes del Bosque, mejor confundidas en el estío por la espesura y la monotonía del verdor, se encontraban desprendidas. Los espacios más abiertos dejaban ver la entrada de casi todas, o bien un follaje suntuoso la señalaba como una oriflama. Se distinguía como sobre un mapa en colores, Armenonville, el Pré Catelan, Madrid, el Cham des courses, los bordes del Lac. Por momentos aparecía alguna construcción infútil, una gruta falsa, un molino al que los árboles separándose hacían puesto o que un cuadro de césped llevaba adelante en su muelle plataforma.

Marcel Proust.

(Traducido para «Caricatura».)

RESPONSO MISTICO

(INÉDITO)

Para Amado Nervo, muerto:

¡Pauvre Lelian! se dijo del gran Verlaine un día.
 ¡Pauvre Lelian! te digo con plétora de unción.
 ¿Dónde has ido a remar tu exquisita poesía
 movida por las mismas alas que la oración?

Fuiste el sumo pontífice de la melancolía
 ungido con la gracia de tener corazón,
 y hoy que tu alma se vuelve a donde procedía
 andando ya el calvario de la coronación.

A dos labios oficio este responso místico
 por tu alma, tu estro, por tu garbo eucarístico,
 tu garbo que dijera clausura monacal.

Y allá un solar en Méjico, por lejano, brumoso,
 se ha uniformado todo de luto riguroso
 mientras tocan a hossanna, en tu Topic natal.

Montevideo: 1919.

Luis Alberto Fernández.

EPITALAMIO ROMANTICO

¡Cúbreme con tus manos, que fueron de Atalanta
 sombra titiritera de la risa traviesa!
 Risa como una llaga de cristal y de tanta
 ingenuidad, que fugas con pie de juglaresa.

Es una transparencia de parábola santa
 el trigo que decora la mies de tu cabeza.
 Por todos los que vieron alejarse tu planta,
 como un romanticismo galante de faunesa;

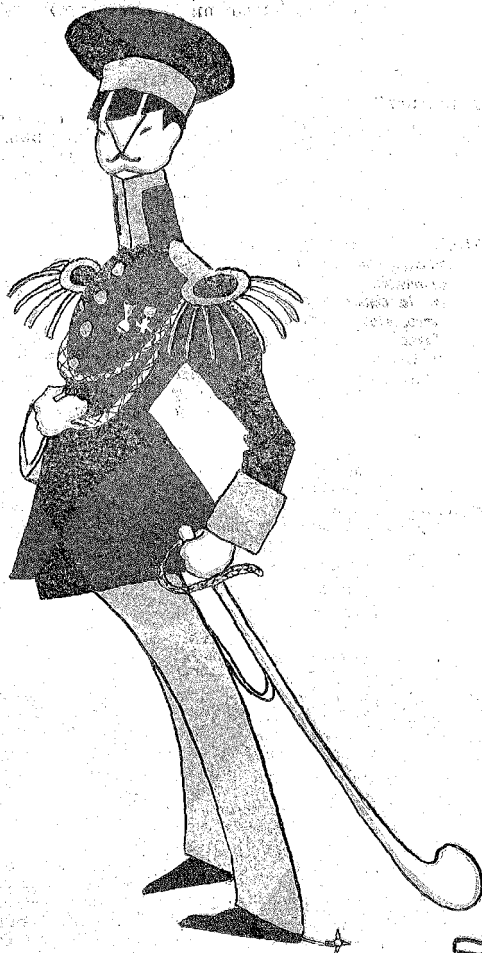
Para los que la risa fue como un ala en bruma,
 como un recogimiento pastoril de hojas muertas
 en la desnudez blanca de fugitiva espuma;

Para los esqueletos de mujer o de niño,
 esqueletos de bocas como puertas abiertas,
 ¡el corazón es una carcajada de armiño. .!

Gonzalo Escudero Moscoso.

En la ciudad de Quito. MCMXX.

De las filas del ejército



Las habilidades de Leonor

(PASO DE ... SAINETE)

PARA "CARICATURA"

Interlocutores:

LEONOR, muy hermosa;
DON FIDEL, su marido, muy tonto;
CARLOS, muy afortunado amante
de Leonor.

EPOCA: la de las crinolinas o miriñaques, en una ciudad de provincia. A la sazón se halla en la ciudad una compañía de circo, «los titiriteros», como los llama el pueblo. Estos han trastornado el poco juicio de don Fidel, que se halla convertido en un muchacho admirador y novelero. Se ha hecho amigo de todos los de la farándula; conoce los nombres y sabe las gracias de todos los animales amaestrados; las trameojas y farsas del oficio, etc., etc. Anda siempre entre los titiriteros, sirviéndoles y ayudándoles con solícitud, que sirve para acrecentar una especie de orgullo que sus flamantes relaciones le producen. Pero entre todos al que más admira es al ventríloco, mister Wilson: lo admira como a un ente sobre humano, y no acaba nunca el estapor que le causa ese arte maravilloso de la ventríloquia. Desea aprenderlo, y anda siempre oprimiéndose el estómago, y haciendo esfuerzos por sacar de él las palabras; pero no obtiene sino que le salgan de la boca envueltas en eructos. Es muy pobre y perpetuo palanqueador de un destínulo cualquiera.

Los titiriteros vinieron muy a tiempo para don Fidel; pues anda un tanto desasosegado y triste, por ciertos cellos que le infunde su mujer. Algo vieron sus ojos, algo oyeron sus oídos, y esos algo le han traído al corazón un amor go de desgracia. La farándula le ha hecho olvidar un tanto sus cui-

tas, y por unos días ha sido feliz.

Escena única

Al levantarse el telón, descubre un cuarto modestísimo, sin más muebles que dos mesas, un sofá y seis sillas. En una de las mesas, un retrato de don Fidel. Al fondo, una puerta, que comunica con la alcoba conyugal; a cualquiera de los lados otra puerta, ambas cerradas.

LEONOR.—Hermosísima, vestida con elegancia como para una fiesta, con el traje de la época: una exagerada y descomunal crinolina. Carlos, joven simpático, vestido también con elegancia. Luego, don Fidel, como ya se le conoce. Los dos primeros, sentados en el sofá, tan juntos como el miriñaque se lo permite, y con la más franca e íntima familiaridad.

CARLOS.—La función va a ser lindísima, y no sería posible que faltases esta noche. Ya tengo asegurado el palco.

LEONOR.—Hubiera convenido que vinieras antes de que saliera Fidel, para que de una vez le invitaras también a él. Vas a tener que regresar.

CARLOS.—Más bien le esperaré aquí.

LEONOR.—Eso no conviene: celosillo anda, y no quiero que me encuentre a solas contigo.

CARLOS.—Entonces me iré para regresar, porque no tarda en estar aquí don Fidel. (Se ponen de pies y se abrazan).

LEONOR.—Bueno, ¡amor mío! (Se besan muchas veces con mucho ruido).

CARLOS.—¡Mi amor, mi bien, mi tesoro! ¡si supieras cuanto te amo! (Don Fidel que, sin ser visto ni sentido, se ha acercado a la puerta, ve que está con llave por dentro, oye los besos y las últimas palabras del diálogo, y cree confirmada su

desgracia. Monta en cólera y quiere derribar la puerta).

DON FIDEL.— ¡Abre, Leonor, abre, o echo abajo la puerta! (Da terribles golpes y forcejea) Susto de Leonor, desconcierto de Carlos: ambos miran al ruedo del cuarto, buscando por donde evadirse o en donde esconderse. La puerta va a ceder, cede al fin, y Carlos apenas tiene tiempo de deslizarse bajo la *crinolina* de Leonor.

DON FIDEL.— ¡Infame! . . . (queda desconcertado viendo a Leonor sola) — ¡con quién estabas?

LEONOR.— (reportándose brevemente, con aire de ofendida) ¡Infame — me! . . . ¡Tú, tú eres el canalla, que así me ofendes!

DON FIDEL.— Pero . . . si yo he oído palabras . . . besos . . .

LEONOR.— Sí, palabras que te las dirigía, besos que te los daba . . . ¡ingrato! . . . (haciendo pucheros como que va a llorar).

DON FIDEL.— Pero . . . si no era tu voz . . .

LEONOR.— ¡Mía, mía, mi voz! . . . debes saber ¡ingrato! que por tí, sólo por tí, para conjurar tu pobreza . . . me estoy ejercitando en la ventriloquía; . . . porque veo que tengo aptitudes para ello.

DON FIDEL.— ¡Qué dices, Leonorcita? . . . ¡Ventriloqua tú! . . .

LEONOR.— Como me oyes. Vas a persuadirte. Escucha.

CARLOS.— (del fondo de la *crinolina*) — ¡Fidel, Fidel! . . . ¡haces mal en celar a tu mujer! . . . (Estupefacción de don Fidel. Luego, en un transporte de entusiasmo, quiere arrojarse a los pies de su esposa; pero ésta se lo impide dulcemente).

DON FIDEL.— ¡Perdón, Leonorcita, perdón! . . . ¡Ventriloqua tú! . . . ¡A ver, repítele!

CARLOS.— Mi amor, mi bien, mi tesoro! ¡Oh, si supieras cuanto te amo!

DON FIDEL.— ¡Sí, así mismo era la voz que oí! (con entusiasmo creciente) — ¡Pero, esto sí que se llama ser ventriloquo! ¡Superior a Mister Wilson! ¡Esto sí que es sacar la voz del estómago. Si en verdad parece que do allí te saliera! — (suenan varios besos) — ¡No ves, no ves! ¡Leonor! . . . Ni siquiera mueves los labios, y el beso se siente! ¡Qué maravilla! ¡Qué Wilson ni qué Wilson! — (en nuevo y más caluroso transporte de entusiasmo, quiere arrojarse en brazos de su esposa, para besarla; pero ésta nuevamente le rechaza con suavidad).

LEONOR.— Esto no es todo, señor celosito: tengo también aptitudes para el magnetismo; poseo bastante fuerza de sugestión.

DON FIDEL.— ¡De veras?

LEONOR.— Vas a verlo: ensayemos. Vete

tú a la alcoba, y yo desde aquí adivinaré lo que estás haciendo, o te obligaré a que adivines lo que yo haga.

DON FIDEL.— ¡Ensáyemos! (Se encierra en la alcoba. Aprovecha de este momento Carlos y sale, como pudiera salir una oruga que hubiera estado bajo un tulipán; mira a la puerta de la alcoba, se incorpora, imprime un ruidoso beso en la boca de Leonor y gana la otra puerta, tras de la cual se queda escuchando).

LEONOR.— (A don Fidel, en voz alta) — Adivina qué es lo que he hecho.

DON FIDEL.— (desde la alcoba) — Has tomado mi retrato y lo has besado.

LEONOR.— ¡Exacto! (echa mano del retrato).

DON FIDEL.— (Sale, y al verla con el retrato en la mano, hace un gesto de asombro) — ¡Esto es admirable! Oí, en verdad el beso, pero ¿cómo podía saber a quien se lo dabas? . . . Eres un prodigio, Leonorcita. (La besa, y abrazados, se sientan en el sofá; ahora ya no se equivoca Leonor).

LEONOR.— Conque, infame ¿no? . . .

DON FIDEL.— Perdona, Leonorcita, ¿cómo podía yo suponer? . . .

LEONOR.— Bueno; pero se me ocurre ensayar la sugestión a larga distancia. Voy a ver si consigo que alguno . . . Carlos, por ejemplo, que es rico, nos invite esta noche al circo.

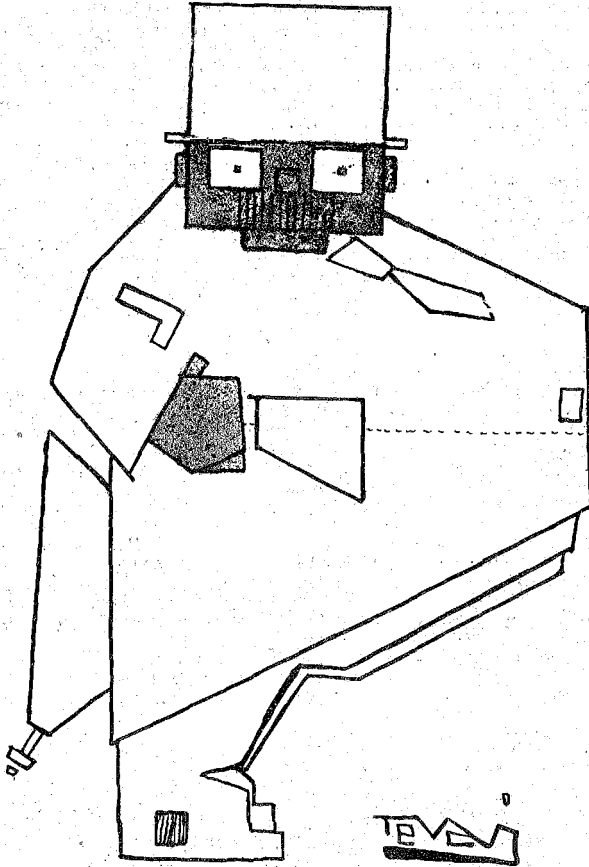
FIDEL.— ¡Oh, sí, sí! Ensaya. Si esto cuaja, nos lucimos; porque la función de esta noche va a ser la mejor, y, por desgracia, no podremos gozarla, pues estoy sin medio. Figúrate que Mister Wilson . . .

LEONOR.— (interrumpiéndole) — déjame concentrarme un rato para excitar la voluntad. Ya verás. (Quedan ambos en silencio, ella haciendo la que se abstrae y reconcentra en sí misma, él, manifestando, con una sonrisa, el género de sus pensamientos).

LEONOR.— ¡Vaya, vamos a ver si resulta!

DON FIDEL.— Pero ¿te imaginas, mujer, la dicha que se nos viene con tus facultades maravillosas? Ahora sí, adiós desgracias, adiós pobreza. Ya podemos ser lo que queremos. ¡Ventriloquo! ¡gestionador! Mister Wilson se va a quedar chiquitito cuando te oiga. Y ¡por qué no podemos nosotros dar funciones en público! ¡Ya me figuro qué platón! . . . Y luego, figúrate tú que vayamos ambos a visitar a don Gabriel. Tú bien elegante, para que se fije en tí, y mientras yo le saludo y le pregunto: ¿cómo está misa Marianita? ¿cómo está Gabrielito? — tú pones la voz en el Cristo que tiene sobre la mesa, y le dices: «Gabriel, Gabriel, hasta Gobernador . . .!»

Los espejos al viento



Don Daniel Enrique Proaño

LEONOR.—¡Ja, ja, ja! (La risa es interrumpida por golpes a la puerta).

FIDEL.—Adelante.

CARLOS.—Buenas noches misia Leonor: buenas noches señor don Fidel.

LEONOR.—Buenas noches.

DON FIDEL.—(No contesta la salutación y casi no deja que la conteste su mujer, dirigiéndose a ella muy asustado) — ¡Mira! . . . la voz de tu . . .

CARLOS.—(Interrumpiéndole) — ¿Qué hay con mi voz, señor don Fidel? ¡Vaya con mi voz! Mister Wilson dice que mi fonética es la más fácil de imitar; que en oyéndola una vez, cualquiera la puede reproducir. Ahora, usted dice . . . ¿qué dice de mi voz?

DON FIDEL.—(satisfecho con la explicación, mirando a su mujer con malicia, y a Carlos con sorna) — Nada digo de su voz. Lo que le digo es: ¿cómo así por esta su casa? ¿Qué buenos vientos me la traen, mi señor don Carlitos?

CARLOS.—Por saludarles y . . . por tomar una libertad con ustedes.

LEONOR.—Todas le son permitidas. Sepamos ¿en qué nos manda usted?

CARLOS.—¡Maudarles yo! ¡No! Vengo a rogarles que me acepten el palco que para la función de esta noche en el circo me he permitido reservarles.

LEONOR.—¡Cuánta amabilidad!

DON FIDEL.—¡Un millón de gracias! Pero dígame ¿cómo así le ha venido a usted ese pensamiento de invitarnos? . . . ¿No ha sentido usted algo así como una especie de mal-estar, de desasosiego interior; un deseo incomprendible, un no sé qué misterioso que le impulsaba y le constreñía a hacer algo indefinido . . .?

CARLOS.—(interrumpiéndole) — Sí, señor. No pensaba le esta noche al Circo; pero, de repente, pensé en ustedes, y llevado por una fuerza superior a mi voluntad, me dirigí a la boletería, compré el palco; y, de allí, atraído por algo que en esta casa me subyuga, y me priva de la voluntad, vengo a rogarles que acepten mi invitación . . . Sugestiones, milagros de la amistad, señor don Fidel.

DON FIDEL.—Milagros de mi mujer, señor don Carlos, ¡ja, ja ja! Milagros de Leonorcita. Es necesario que usted conozca a una nueva Misia Wilson, a una gran ventrílocua y sugestionadora.

CARLOS.—¿Cómo? . . . En mi amistad sincera, presumo conocer muy bien a misia Leonorcita; pero sólo en esta noche he descubierto todos sus maravillosos tesoros.

LEONOR.—¡Oh! simples ensayos, señor don Carlos, simples experimentos

DON FIDEL.—Sí, experimentos, pero conclyentes. Figúrese, señor, lo que ha hecho esta noche: imitando la voz de usted, me ha dicho desde el fondo del vientre: "¡Fidel, Fidel, tu mujer te adora!"—Luego, sin mover los labios, ha dado besos, que yo no sé en qué parte los tenía. Después, me ha sugestionado y me ha hecho adivinar su acción de tornar mi retrato y cubrirlo de besos. Por último, y por no irnos los dos solos al palco que tenemos en el Circo, y deseando que usted nos acompañara, le ha invitado, por sugestión ¡sugestión a larga distancia, mire usted! y aquí le tenemos; aquí le tenemos a usted, que se ha venido por mi mujer. ¿Qué le parece el poder de esta nueva Wilson?

CARLOS.—Desde ahora le voy a ser rendido esclavo. ¿Qué voy a poder yo contra quien imita mi fonética y me domina con su voluntad?

LEONOR.—Talvez nos hacemos tarde a la función.

CARLOS.—Sí, será bueno que nos apresuremos.

DON FIDEL.—Voy sólo a arreglarme el pelo y a sacar mi paletó. Mientras tanto haz algún experimento, Leonor, para que se convenza don Carlos. (Váse a la alcoba, y Leonor y Carlos se dan los más sonoros besos.)

DON FIDEL.—(desde dentro) — ¿Qué le parecen esos besos, señor don Carlitos?

CARLOS.— ¡Admirables, señor, admirables !!!

X. X. X.

T E L Ó N

C. J. ROSEMENA
OFICINA BANCARIA

Compra y venta de Letras a los mejores precios del mercado.

Acepta depósitos a 3, 6 y 12 meses, pagando intereses más altos que los Bancos.

Cuentas corrientes y descuentos de Documentos.

Solicítense informes.—Guayaquil.

EL PUERTO DE AMBERES

Entre los varios problemas que después de la guerra, se encuentran al frente de las naciones de Europa, sin duda alguna el de mayor importancia, para su rehabilitación económica, es el de restaurar el tráfico marítimo de sus puertos.

La actual política internacional, como ya todos lo sabemos, no propaga otra cosa que la conquista de los mercados del mundo, y entre todos muy especialmente, aquellos de las Repúblicas hispano-americanas, por consiguiente, el Ecuador necesita para que su intercambio comercial sea fecundo, estrechar de preferencia sus relaciones con los países que además de las riquezas de exportación le ofrecen las ventajas del comercio marítimo directo con sus puertos.

Es desde este punto de vista que juzgo interesante dar a conocer la sorprendente rapidez con que el puerto de Amberes ha reconquistado su puesto de honor entre sus rivales de la Europa continental. Los números estadísticos confirman el renacimiento de la actividad de esta plaza mercantil.

Durante los meses de Agosto, Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre del año pasado el número de barcos que entraron a Amberes, fue de 518, 507, 442, 463 y 456 respectivamente, la baja que se constata en el número, estuvo enormemente compensada por el notable aumento del tonelaje, que de 444.889 toneladas en Agosto, subió a 5.1.014 toneladas en Setiembre, a 541.009 en Octubre, a 563.492 toneladas en Noviembre y a 686.848 toneladas en Diciembre.

El mes de Enero del presente año ha sido superior a todos los meses de Enero de los años anteriores (a 1914), llegando a exceder al movimiento de su importante vecino, el puerto holandés Rotterdam; y la estadística de los meses de Febrero y Marzo asseveran que hoy el tráfico del puerto belga, es aún más grande que antes de la guerra: el número de embarcaciones que entraron da un total de 613 y 691 respectivamente, mientras en 1914 suma a 509 en Febrero y 656 en Marzo; esta prosperidad es aún más notable comparando los números del primer trimestre de este año que da un total de 1.874 embarcaciones con el correspondiente en 1914, que sólo es de 1.718.

Para saber apreciar el valor del renacimiento de Amberes, hay que recordar que antes de la guerra existían aquí más de treinta mil alemanes, que, establecidos poderosamente, dominaban sobre los intereses comerciales de esa metrópoli, y que durante todo el tiempo del conflicto europeo, el tráfico de este puerto estuvo completamente paralizado.

Amberes, considerado como puerto de tránsito, naturalmente tiene una posición geográfica privilegiada, pero no se crea que es el comercio de sus vecinos que principalmente atrae los barcos que lo visitan, es ante todo la abundante producción de la industria belga que constituye la vitalidad de su tráfico marítimo.

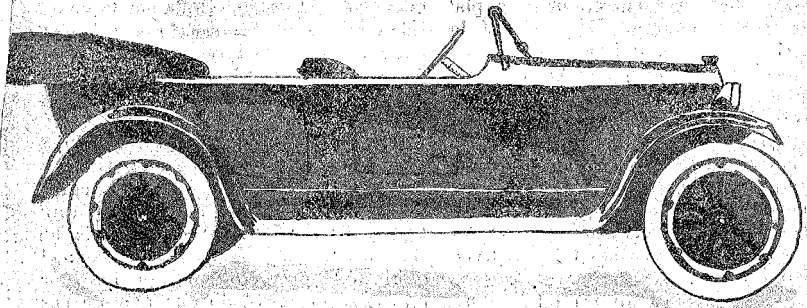
La increíble pujanza del comercio belga de exportación, acaba de iniciar el movimiento marítimo entre Amberes y Guayaquil. Desde el mes de Enero último, los vapores de la "Compagnie General Transatlantique", de la "Pacific Steam Navigation Co." y de la "Gulf Line" vienen haciendo este servicio cada ocho días y con perfecta regularidad; y es de esperarse que este tráfico todavía aumentará a medida que las relaciones comerciales entre Bélgica y el Ecuador vayan restableciéndose.

El pueblo belga, por que su perseverancia y amor al trabajo, siempre se ha distinguido, sigue diariamente triunfando en la reconquista de su vida normal; sus industrias a pesar de haber quedado en ruinas después de la guerra, están impetuosamente, para asombro de todo el mundo, volviendo a representar la riqueza y orgullo de esta gran nación.

Nuestro comercio de exportación debería encontrar un beneficioso mercado en este país, cuya importación de materias primas, y de víveres para sus siete millones y medio de habitantes ha sido siempre considerable; bastará decir que antes de la guerra en el puerto de Amberes se descargaban un término medio de catorce millones de toneladas al año; además no olvidemos que el Viejo Mundo que se encuentra en la actualidad, débil y sin fuerzas suficientes para alimentarse por sí solo y tiene imperiosa necesidad del auxilio de las dos Américas.

La perfecta organización del trabajo, las

Studebaker



Alvarez & Moreno

numero-as instalaciones marítimas, la doble corriente del comercio de exportación e importación y el magnifico servicio de trenes de carga con las naciones vecinas, son las poderosas razones que explican la vertiginosa rapidez con que ha vuelto a su vida normal el puerto de Amberes.

Las ventajas que nos ofrece la heroica Egiptica, con sus florecientes industrias y el desbordante tráfico de su envidiable Puerto deberían inducirnos a intensificar la actividad nacional en pro del desarrollo y en-

grandecimiento de nuestros intereses comerciales; además las buenas relaciones que entre el Ecuador y Bélgica nunca han cesado de existir, ahora más que antes nos toca estrecharlas, ya que este pueblo eminentemente industrial, hoy en día simboliza aquello que significa, trabajo, honor y democracia.

Augusto Terán.
Canciller del Consulado General
del Ecuador.

Amberes, 2 de Abril de 1920.

TIPOS Y ESCENAS DE NUESTRA TIERRA

No era de los que había amado mucho para que el perdón pueda pesar en ningún tiempo sobre su alma. Por el contrario hizo profesión de la hipocresía y así pudo ocupar el mejor puesto en el concepto de las gentes, quienes le consideraron siempre como un hombre piadoso, recto y honrado. Honrado si lo era, si por ello se quiere entender que basta con no desvalijar el bolsillo del prójimo, aunque no se le respeta la honra. Un juego de palabras sin importancia.

Piadoso y lleno de ambición, supo ocultar sus pasiones y los amoríos que no bendijo la iglesia; los llevó muy bajo de la capa. Se podía decir que era un hombre ejemplar, y como tal se convirtió en caudillo.

Su vida como caudillo no fue muy azarosa; la piedad, y hay que confesarlo, también su inteligencia, le llevaron a los altos puestos políticos. Un día, por veleidades de la suerte, se encontró de dueño de la situación; pero también la suerte veleidosa le condenó a la derrota y al ostracismo, desde donde quiso vender a su Patria, pero no pudo, felizmente.

El tiempo que todo hace olvidar, le reintegró a la Patria, en donde encontró consideraciones y prebendas. Sobre todo, envejeció como un caudillo fracasado, aunque...

Hoy su vida es ejemplar: largas horas en la iglesia le atraen el respeto de todos. Sabe que no surgirá políticamente; mas le basta con permanecer de jefe y caudillo. Su partido es del

orden y de la moralidad, y eso le da fuerzas para la lucha.

Y como hay que comenzar dando ejemplo, el piadoso jefe, que no fue ningún Eneas con ninguna Dido; pero que ya siente apagados los fuegos que conducen al pecado, cuida por la moralidad de sus hijos,—casaderos estos—les encierra bajo llave desde la noche; hora en que se reza el rosario antes de tomar el chocolate y ir a acostarse.

Con gran contento suyo, sus hijos no se han rebelado ante esta tiranía; y por la noche, cuando sienten el martirio de la carne, se tigan y basta. Pero el otro día, siendo testigo de una curiosa escena gloriosa y provecho caudillo iba una calle acompañado por uno de sus piadosos hijos, cuando acertó a pasar una Celestina compungida. Verle el hijo, hacerle señas, fingir que se complace un zapato, hasta dar tiempo para que se adelante el prócer, darse una cita con la Celestina, ganar el espacio perdido y continuar el camino compungido y grave, todo fue cosa de pocos segundos.

El caudillo y su hijo, dos virtudes, pasaban entre las miradas de simpatía del público. Celestina iba apresurada. Y la puerta de calle se cerraría a las ocho de la noche, hora en que se rezará el rosario, se tomará el chocolate y se entrará santamente en la castidad del lecho.

El Diablo Cojuelo.